



REVISTA DEL COLEGIO MAYOR
«REYES CATOLICOS»
S. E. U.
UNIVERSIDAD DE VALLADOLID
NUM. 5 FEBRERO 1959



SUMARIO :

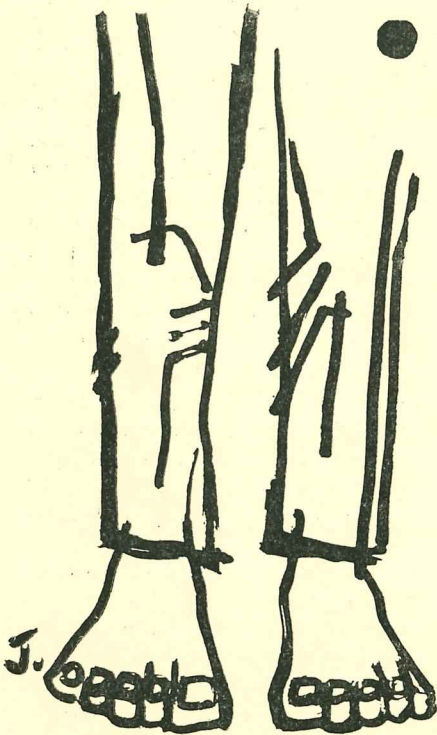
	PAGINAS
Nuestra tarea, por José F. de Celis	5
Ciencia y Filosofía, por Alejandro Díez Blanco	9
El Problema de la libertad del Hombre II, por Pedro Gómez Bosque	13
La propiedad exclusiva y la comunicativa: El propietario como espectador, por Luis Ponce de León	27
Hombres libres?, por Alfredo Pérez-Alfaro	33
Juan Ramón Poeta Espiritual, por G. Bellver	37
Acerca de la educación, por Juan Manuel Infante Villape- cellín	49
Actualidad internacional, por Miguel Jorge Molero	55
El túnel de la juventud, por Alonso de Henares	57
Conversaciones sobre pintura, por Manuel Jular Santamarta.	59
Desde mi ventana, por Joe Müller	61
ANTOLOGIA:	
Victoriano Cremer, José Luis Chiverto, Carlos M. Man- jarrés	63
Carta abierta al Colegio Mayor «R. C.»	75
Vida del Colegio	79
DIBUJAN: Rubio Camín, Manuel Jular y Emilio Prieto	
EDITA: Imprenta Agustiniiana - Filipinos, 7 - Valladolid	

DEPOSITO LEGAL. VA. 106. 1958.



HOMBRES LIBRES?

Alfredo
Peres - Alfaro



Desde aquellos lejanos y perdidos horizontes en que las alfombras lentas e implacables de siglos y siglos de acontecer comenzaron a tenderse sobre este virgen suelo nuestro, odiado y amado, desde que algún hombre pudo darse cuenta alguna vez que lo era, y que lo hacía disímil de los demás congéneres pululantes en su derredor... Desde entonces ese hombre pensó, luchó y murió por la libertad...

Y desde la gestación de ese lento alumbramiento de la conciencia humana hacia contornos de vida superior, comenzó a darse un intenso batallar, aniquilador de existencias y de ambiciones, un interminado devaneo de sucesos jalonantes de esa búsqueda humana, de ese intentar la libertad. Grupos, clanes, tribus, naciones, revolviéndose tras su libertad colectiva...

¿Qué rastros, y de quiénes, han perdurado tras este incesante devenir? Hoy se nos presentan, signados e indelebles en el folletín histórico, como acaparadores personajes únicos de esa novela anecdótica de millones de seres que es la historia, sólo algunos hombres, unos pocos, sólo un selecto círculo de entre los que padecieron y se destrozaron contra el gran muro por la libertad de los demás... de aquellos que ardieron con más fuego... hojarasca brillante... «logia selecta» de «luchadores oficiales» por la libertad de los pueblos, a través de tiempos eternos de suceder histórico...

¿Cuántos fueron? ¿quiénes fueron? tardaríamos, pero podríamos encontrarlos, sin duda, a través de mil capítulos de quehaceres y pensamientos más o menos transcendentales, a lo largo de densas y abigarradas páginas que describen y nombran a quienes «tanto» hicieron, y «tan poco» significan hoy: tal vez una de esas infinitas páginas, un capítulo, o un libro a lo más... minúscula pieza en la abrumadora Biblioteca del folletín histórico...!

Por ellos, en ellos, y a través de ellos, se habló, se escribió, se multiplicó. Y a su sombra e influencia, podrían aquí extenderse una vez más, inacabables palabras sobre esa libertad Grande, libertad de pueblos, libertad de muchos. Pero no olvidemos que ese núcleo, esos hombres, no fueron los únicos que vivieron su época. Ellos figuran allí, en el «libreto histórico», pero un descolorido público, multitudinario e inextinguible, «asistió» a su obra, presenció sus intentos, estuvo en cierta manera junto a ellos, y contribuyó en algo al resultado de sus obras. Dejemos por ahora a los de «primera fila», a los de la «libertad grande». ¿Y los demás? y la ininterrumpida y cargada caravana de los que no pasaron, de los que «no pasaremos ni trascenderemos», de los que no llegaremos a ser, tal vez, «ni un renglón, ni un nombre»... ni una gota, a lo menos, en ese tempestuoso mar histórico al que hoy, pese a todo, estamos contribuyendo a avanzar y rugir? Nosotros, esta masa espectante y espectadora... hojarasca opaca y volátil en el fuego majestuosos de la «libertad grande». Y los que antes, y antes, ocuparon nuestro diluido y burdo papel de «nada que rellena»... Ellos en su momento, nosotros hoy..., condenados a «pasar» como soplo, como hálito, inadvertidamente... ¿Aceptaremos esa perspectiva? ¿Nos agotaremos fatalmente así, frente a la libertad? Por cierto que muchos de entre esa «hojarasca opaca», opinaron, actuaron, y discutirán sobre esa libertad política, religiosa, cultural, económica, sobre las alternativas de esa lucha-cruzada que por la libertad como práctica social de convivencia, van sosteniendo, en la acción y el pensamiento, «los otros», aquellos privilegiados que lograron ser —o van camino de serlo— una página, un capítulo, un libro...

¿Pero es que no existe otra captación de la libertad? Allí, en la anécdota y en la descripción de lo que otros han dicho y hecho sobre ella se agota el concepto? es que no existe otra concepción, otro enfoque, aunque inexpresable y puramente intuitivo, mucho más auténtico y sentido? Deberíamos, para lograrlo y aprisionarlo, penetrar a lo más recóndito y pristino de nuestro ser, de este ser que integra, porque sí, aquella nutrida caravana intrascendente de los que «no figurarán». Esa inmensa sucesión de muchedumbres que constituyen el resto tantas veces no tenido en cuenta, al quitarle al Todo una minúscula parte...

Nosotros, lo cotidiano, lo sencillo, lo común, lo masivo, abstracción hecha de nuestra «presencia» tan pequeña frente a la «libertad social»... ¿cómo logramos participar, y muy aetivamente por cierto, en la lucha por otra libertad, por nuestra libertad? A quienes de entre nosotros, rebañean, copian, imitan, se dejan deslizar y nada más, no los consideremos como significativos en este impreciso esquema. No los tengamos en cuenta... simplemente, aguardémoslos...

Hablemos de aquellos cuya vivencia, cuya problemática se palpa, se respira, de aquellos que, aun a conciencia de su valencia infinitesimal, pueden inquietarse, revolverse... y buscar... De los que a lo largo de este camino espinoso y duro, abismado, breve y aterradoramente urgente, buscan la luz, su luz interior... Tal vez no sabemos dónde esté... tal vez la hemos pasado ya sin verla... ¿Detrás nuestro? ¿aquí? ¿allí?. Mil caminos contrapuestos se ofrecen a nuestro paso, pero inexplicablemente, guiados por misteriosos rastros de instinto puro y sincero, solo se nos ocurre marchar hacia adelante...

Bregamos, desangramos, fracasamos y triunfamos mil veces, hoy y ayer somos distintos, caemos pero no cejamos, y aunque devenimos fatalmente, y aunque incapaces de penetrar por ahora en esa élite de los que figurarán después del fin como hacedores de aquella libertad grande, pretendemos, por lo menos, aferrarnos al encuentro de nosotros mismos, y llegar alguna vez a definirnos cabalmente.

Algo así como la suprema justificación del egoísmo, en quienes la vida no nos otorga la circunstancia de «ser» para la historia... Buscamos, acicateamos nuestra libertad más íntima, nuestro «punto cero» de autodecisión, del cual partir para llegar a ser «nosotros factor», y no «nosotros producto» . . .

Existe en los recovecos más íntimos del ser inquieto, una meta suprema, alta y limpia, un llegar de triunfo, y es el conquistar la esencia, el dominio pleno, la vivencia de su libertad absoluta. Claro que no negamos de todas maneras, en este ser, su capacidad y valencia potenciales en cuanto a lucha y militancia en las huestes luchadoras en el otro enfoque de la libertad. No decir así sería derrumbarlo despiadadamente, injustamente. Porque la posibilidad de trascender como «página, capítulo o libro», está condicionada a un darse de circunstancias, de situaciones propicias muy singulares, acompañadas por una mayor o menor predisposición nata, circunstancias y situaciones que mientras no lleguen, empero, nadie tiene derecho a aguardarlas impaciente... y así es que el hombre «potencial», consciente, opta por pelear «su» libertad. Y se enriquece en un afiebrado transitar por eternos senderos intelectuales, en un impostergable intento de lograrse a sí mismo, en la ineludible reclamación de vivir, de optar, optar... de admitir o rechazar, de dar o quitar, de creer o no creer, de llegar a esa nada sublime que será el todo, esa nada no influenciada, ni contaminada, ni invadida, ni avasallada por la enervante presencia de mil circunstancias, causas, consecuencias y cosas no queridas ni buscadas, gratuitamente puestas a nuestro lado . . .

Allí, en ese desierto a influencias extrañas, podrá recién el hombre ordenarse, y arrojar a todos su grito: ¡QUIERO ESTO! Lo que sea. Ya no nos pertenece entonces (in abstractum) incursionar un instante más en su camino. Porque el uso de esa absoluta libertad instintiva de cada uno, es puramente subjetivo. Porque la suprema aspiración de libertad elaborada por alguien, podría ser para otro, en su distinta circunstancia, en su distinta subjetividad, lisa y llanamente la esclavitud...

Pero ese logro maravilloso, este hallazgo, presupone grandes sacrificios de abstracción. Presupone un barrer lo accesorio para dar lugar a lo principal, que es el hombre en todo lo mucho y poco de su peso, frente a frente con su yo, cara a cara a su circunstancia, para, de ahí en adelante, ser auténtico hasta el fin.

¿Puede lograrse esta abstracción hoy, en nuestros días, en este mundo de hipócritas contagiosos, de cinismo que se pega, de suciedad que salpica, de desnudez que sobrecoge? Podrán contestarnos, y arribando a muy diversas respuestas quienes tengan la luz, hallada en su religión, o en su propia fuerza, quienes aún la buscan, o quienes reniegan de ella . . .

CONVERSACIONES

SOBRE PINTURA

Manuel Jular Santamaría

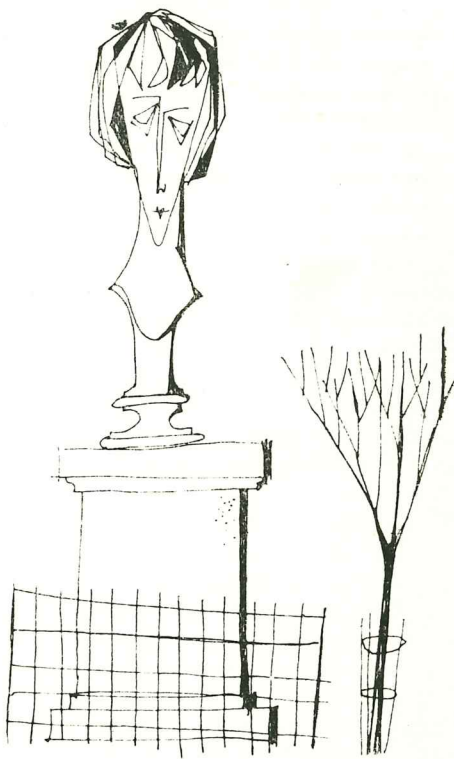
—Me sería difícil precisar hasta qué punto un excesivo dominio de la técnica podría conducir a un resultado frío o amanerado en una pintura. Indudablemente, el artista capacitado por el conocimiento de todos los recursos y experiencias del oficio está en disposición de expresar de un modo más completo, incluso más espontáneo, un sentimiento suficientemente veraz o universal.

—Creo que debiéramos precisar algunos de estos conceptos. Para un pintor, la palabra SENTIMIENTO nació al lado de otra que es PINTURA; sentimiento pictórico, pues, casi desligado de toda significación literaria. El literato emplea para su expresión —valga de nuevo la palabra— un lenguaje ligado directamente al hombre en su círculo diario; sin embargo, el pintor depende de algo menos tangible y mucho más sensitivo como es el color, la materia plástica. Con estos elementos debe hacer valer su sensibilidad, de manera que, el completo dominio de la forma,

de la composición, de toda esa riqueza material, (podríamos decir física) que forman la pintura en su grado superior pueden hacer por sí solas a un pintor.

—Sin embargo no creo que la obra de arte digna de tal nombre pueda darse en ninguna de sus manifestaciones literaria, musical o pictórica, sin esa emoción, sin ese calor, que dan unidad y sentido exacto a todas esas perfecciones técnicas.

—Insisto en que el concepto EMOCION debe ser substituído, como el anterior de sentimiento por emoción pictórica. Ahora bien, entremos en el problema que usted plantea: Usted opina como yo, que la obra de arte es una mezcla de composición inde-



finida a base de técnica y emoción. Si analizamos juntas la obra de un pintor en el que sólo existe dominio frío de una ciencia pictórica y la de otro en el que a ésta une lo que usted llama emoción, vemos claramente que el segundo está dotado de una intuición (huyamos de la palabra inspiración, tan absurdamente empleada) de la que el primero carece. Según esto, claro que estamos de acuerdo en que hay algo más allá de la técnica, algo preciso que distingue al artista del artesano.

—Entonces, ¿no es otra cosa que esta privación del dominio emocional lo que lleva a una o dos generaciones completas de pintores hacia el decorativismo del abstracto?

—El asunto es un poco más complejo que todo eso. En primer lugar porque estoy convencido de que es posible un abstracto no decorativo. Lo demuestra la obra de Mondrian, la de Poliakov, la del español Tápies y la de tantos otros. En segundo lugar porque es perfectamente posible la emoción, siempre pictórica, del abstracto. Quisiera evocar aquí, la belleza intrínseca de los materiales de Tápies, sus broncas calidades de yeso anciano, dominados por los siglos de civilización que pesan sobre su autor.

El abstracto es un modo propi-

cio a lo indefinido y la falta de definición conduce fácilmente a lo decorativo donde un poco de sensibilidad basta para llegar a fines cortos, pero indudablemente acertados.

Mas el arte es algo muy distinto del desorden; el arte es el producto del orden, de la ley, del límite. Es así como una estética personal de contornos apretados puede producir el abstracto vez que pedimos. Solamente una ceranda estrecha puede imponer unos límites suficientemente cerrados y una vigilancia lo bastante precisa.

Es de esta manera que prescindiendo de conceptos figurativos, el pintor, con las finitas gamas de color y las posibilidades concretas de la materia en su mano, puede ir de frente hacia esa expresión inhumana, pero profundamente sensitiva, del gran abstracto en que nos ocupamos. Y es a esa limitación, impuesta por la materia, que se suman las leyes personales convirtiendo el caos «casi en el reino de la necesidad».

Es éste, momento en que el arte cobra todo su preciso valor, y en tal momento apenas existe separación entre abstracto y figurativo pues ambos caben dentro de la misma esfera que cobija todo lo trascendente, todo lo universal.



ANTOLOGIA

ESTO QUIERO DECIR...

Un día he de morir... Pero antes quiero decir por qué he vivido y para qué, Quiero decir:

—Hoy muero, sí; mas éste fui enteramente. No otro parecido. No el que hablaba con lenta lengua y corazón oculto. No el que, asomado al dulce espejo cóncavo, mereció ser curiosamente mencionado.

Tranquilamente digo, quiero decir:

Ya muere conmigo un hombre. Se mantuvo entre el cielo y el cielo dolorosos, de las ramillas del amor prendido; ramas desnudas; silbadores aires curtidos de intemperie.

Pudo serlo todo, con sólo soltar el corazón y andar a gatas, rastreando las huellas inmortales; o con dejarse volar, livianamente, hasta el dulce metal de las estrellas. Y decidió salvarse o condenarse —¡ni aun muriendo se sabe!— en su ramilla, tal la hoja que al viento se resiste y persevera solitaria.

Nació (porque también los pobres aman y les florecen las entrañas), un día silencioso de trabajo, de sudor y tristeza, entre pañales de furiosa blancura, elaborada en las lúeles penúltimas del parto. Ni siquiera fue niño para alzarse en el dulce recuerdo de la infancia. Tuvo que ser hombre, aunque pequeño; un minúsculo hombrecillo, aunque con ganas de poder llegar a ser niño algún día... y ganaba su pan, como los gozques, con frío y destemplanza, enire la niebla. ¿Cómo se hizo mayor?... Nadie lo sabe. Le crecieron las ganas de ser hombre hacia adentro, igual que las raíces de la tenaz encina: entremetiéndose entre piedras y tierras, escarbándose la mineral desolación del alma.



Y supo que ser hombre es como un trueno
gigantesco que todo lo conmueve;
como un claro relumbre o luz durísima
que, de improviso, brota de una nada.
Y lo fue siendo con sencillo paso,
día por día, haciéndose en la lucha,
viviendo en pena viva,
pero gloriosamente entero, irremediable.
Contemplando al andar las tiernas luces
del mundo, tan distintas para todos,
e intentando ordenarlas, rescatando
claridad de lo alto, inutilmente.
Porque estaba bien hecho lo creado,
y el que tenía fuego o sol lo defendía

contra el oscuro asalto de los hombres
de ronca voz, que de la sombra nacen.

Y conoció el dolor de la palabra pobre,
mordida en soledad, abandonada
a si misma; y entendió que hambre
no es solamente otra palabra que se dice;
ni justicia un altísimo refugio
para el desamparado; ni tristeza
un dulce y melancólico rincón
para morir en él tranquilamente.
Por las sienes le entró el frío del hierro
y el corazón se le llenó de cárceles.

Una vez fue a la guerra, pisoteando
tierra de hombre y huesos clamorosos.

Caminaba entre escombros y sollozos,
cuando Dios le llamó, humildemente,
como un antiguo amigo que conoce
cuánto cuesta ser hombre y no morirse:
—Escucho tu blasfemia y te comprendo,
pobre hombre mío, barro de mi barro;
pero en verdad te digo que algún día
serás conmigo o yo contigo, libre...

Esto quise decir. Ahora ya puedo
morir tranquilamente, sin que nadie
me confunda. Dirán sencillamente:

—«Aquí yace un curioso caso de hombre...».

VICTORIANO CREMER



El peso

de tus manos



Llegó el día, invisible hombre castellano,
de sentirte responsable.

La sangre del sol temporal
que hace tu sombra comenzó a picarte en los ojos.

Y tus manos
registraron el fuego de la tierra que te hizo;
te sostiene y te renueva.

Y te sentiste hombre
al borde de ser pájaro unánime y tranquilo.

Y España,
la palabra incomprendida de tu alfabeto,
comenzó a saberte a madre no aprovechada.

Y una espiga
te creció entre los muros rebeldes del pecho
hasta el aliento fugaz de tu sueño,
despertar ahora recién amanecido.

Y en tu boca
surgió la idea, igual que la luna se muere con las luces pri-
[meras].

* * *

«Ya estoy a la orilla», dijiste cuando
en los dedos te hallaste esas seis letras y pudiste
comprender que hay que ponerse un luto
en memoria de los dioses que murieron en los paredones;
como recuerdo a los héroes que dejaron en las piedras
sus cabellos, su gloria, sus madrinas . . .

Y también,
hay que vestir de negro por aquellos
que escondían su alimento en los cementerios;
por aquellos
que mataban a sus amigos sabiéndolo; por todos
los que nacieron sin España en el pecho.
Por todos —dices tú— hay que enlutarse, pues ellos
jugaron con nuestras seis letras, las españolas,
e hicieron con ellas
una lucha que aún nos duele a todos aquí, dentro
de nuestra nave de suspiros y traiciones
de hombre, que es el pecho . . .

JOSE LUIS CHIVERTO

